

El edificio de los Pozos de la Nieve en Constantina será un hotel rural de tres estrellas

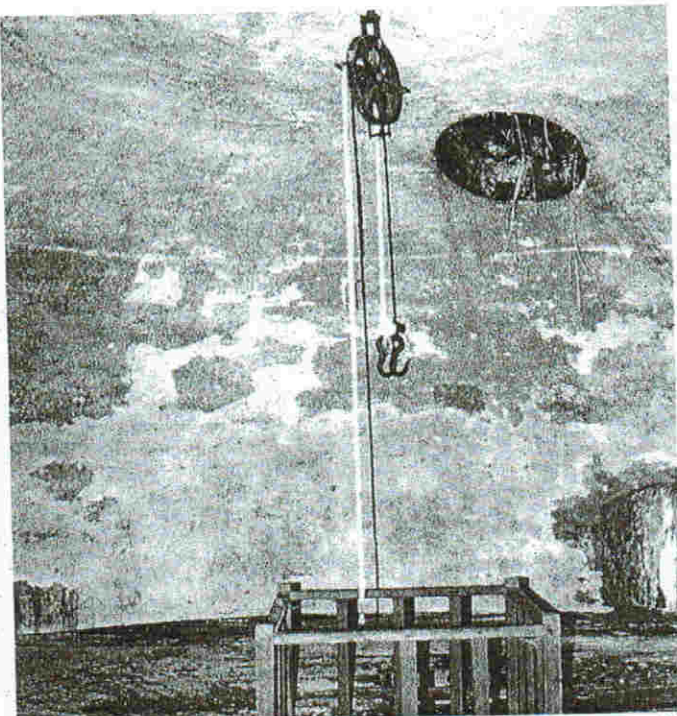
La iniciativa privada salva una de las construcciones más curiosas de la Sierra Norte

PABLO FERRAND

SEVILLA. A la salida de Constantina en dirección a Alanís, sobre una zona ligeramente elevada del bello paraje que llaman Fuente Fria y Rebollos, se halla una curiosa construcción que aún no ha sido estudiada en profundidad. Sus poderosas cubiertas inclinadas de teja árabe se despliegan en distintos niveles e imprimen a la fachada principal un aspecto asimétrico único, que tiene como eje central la elegante portada de finales de finales del siglo XVII.

Pervivencia del mudéjar

La primera impresión, debido sobre todo a la composición de la portada, induce a pensar que se trata de un edificio de carácter religioso. Esta sensación persiste una vez dentro y sigue confundiendo al visitante primerizo que, pese a las innumerables divisiones que tiene el inmueble, observa un bosque de pilares ochavados que sostienen dos filas de arcos semicirculares. La planta baja es en realidad de tipo basilical y recuerda en cierto modo a la de una iglesia mudéjar algo desproporcionada. Y aunque también se ve algún que otro alfiz, no es, sin embargo, ni una iglesia ni un convento, sino una construcción de carácter industrial, de indudable interés histórico y artístico, conocida como los Pozos de la Nieve. A medida que se va conociendo este edificio de interior arcaizante, parece más claro que fue construido, casi en su totalidad, en el último tercio del siglo XVII, gracias a un privilegio otorgado en por el rey Carlos II



Aspecto de uno de los pozos

en 1684 tal como reza la lápida fundacional. Lo curioso es que aquí se da una pervivencia del estilo mudéjar que se extiende hasta casi los inicios del siglo XVIII, como queda bien patente en los pilares y los alfices.

Pero todavía más curioso es la ra-

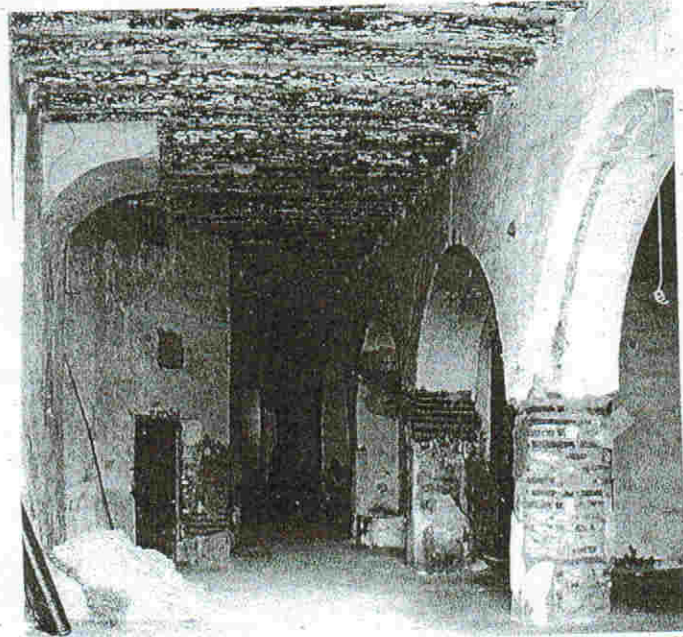
zón de ser de este gran inmueble, que fue erigido para proteger y poner en uso los dos pozos que allí se ubican. En Constantina se conocen desde siempre como los Pozos de la Nieve y son muy anteriores al edificio al que dan nombre. Pertenecie-

ron a Sevilla desde el siglo XVII hasta mediados del XIX, con el fin de abastecer de hielo a esta ciudad durante los meses de más calor, aunque es sabido que una mínima parte de la producción se quedaba en Constantina.

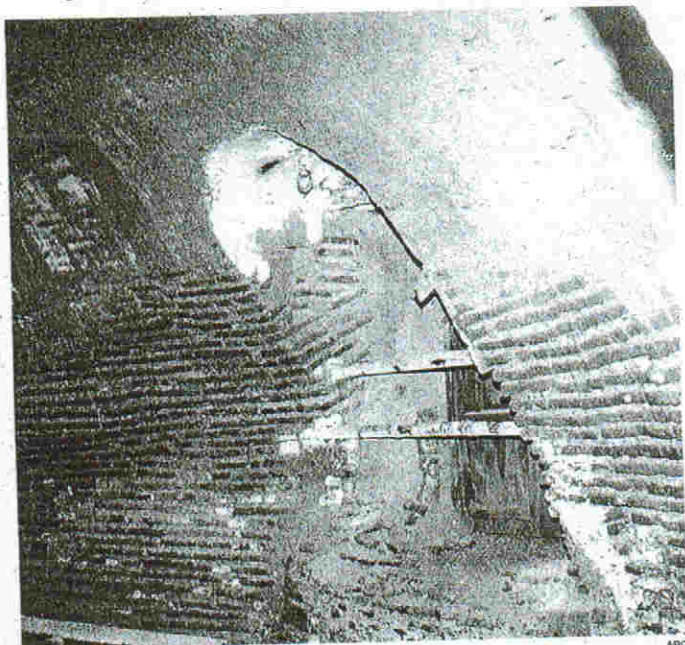
El edificio ha sido destinado posteriormente a usos muy variados, desde polvorín o almacén de intendencia, hasta secadero de los embutidos *Santa Bárbara*, una industria local que funcionó hasta finales de los sesenta del siglo XX. A partir de aquí el edificio entra en un estado de abandono de más de treinta años, con repercusiones muy negativas para el mantenimiento de todo el conjunto.

Usos diversos

El aspecto actual de los Pozos de la Nieve es consecuencia de las diversas modificaciones que ha sufrido para adaptarse a los diversos usos. El interior, con sus tres plantas, es un auténtico laberinto de divisiones verticales y horizontales, entarimados, vigas de madera y de hierro, puertas hinchadas y todo tipo de añadidos y desechos en medio de décadas de polvo. Los desconchones acaban atravesando todos los revestimientos de colores (almagra, verde pálido, ocre, añil...) hasta desnudar el aparejo rojizo de los pilares que se hunden en el terreno. Y por todas partes está presente la humedad fría e implacable que provoca la herrumbre, y solo destellan los cortinajes que tejieron las arañas cuando se abre una de las muchas ventanas secas y desvencija-



Interior del edificio, con los pilares ochavados de tradición mudéjar



Detalle de la bóveda de uno de los pozos

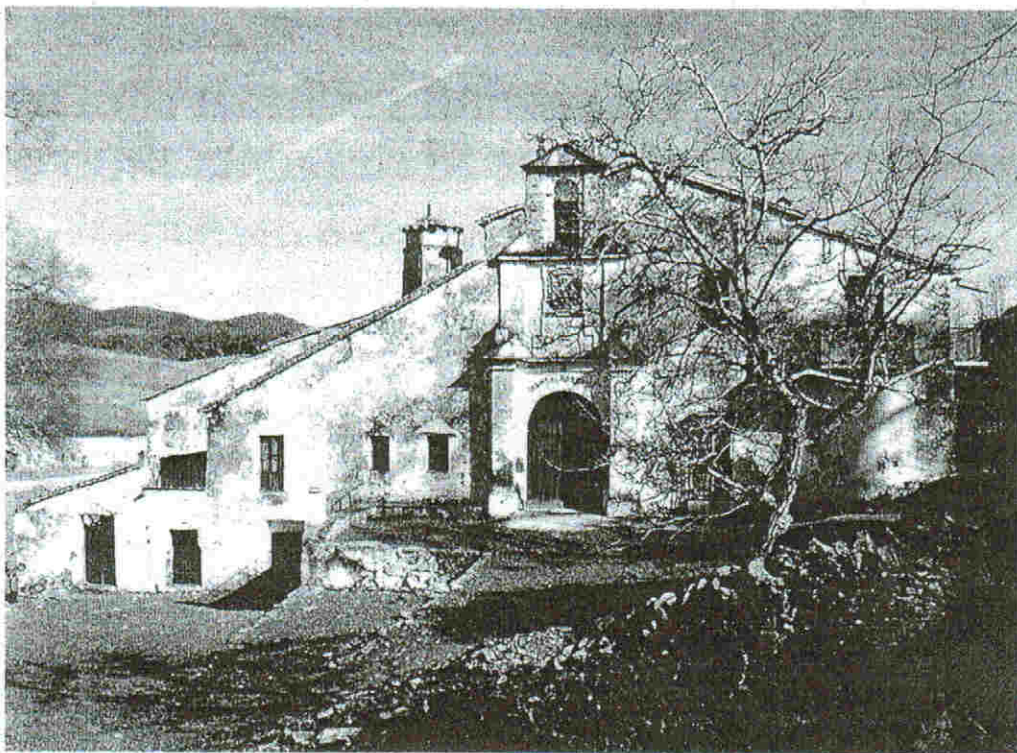
El inmueble, edificado en el siglo XVII, ha tenido distintos usos y se encuentra cerrado desde hace varias décadas

das. Pese a todo, el edificio está en pie, cada vez más fundido con el terreno, lo que le confiere un especial encanto.

Pero la sensibilidad es capaz de repararlo todo, con el tacto que el monumento requiere, y si prospera la idea de Dirk, su actual propietario belga, dentro de un tiempo este edificio se verá convertido en uno de los hoteles con más encanto de Andalucía. Sería de tipo rural, de tres estrellas, pero con las comodidades de uno de cinco. Contaría con 16 habitaciones y cuartos de baño muy amplios, comedor, varios salones y biblioteca. En la zona exterior está prevista la construcción de varias terrazas y una piscina.

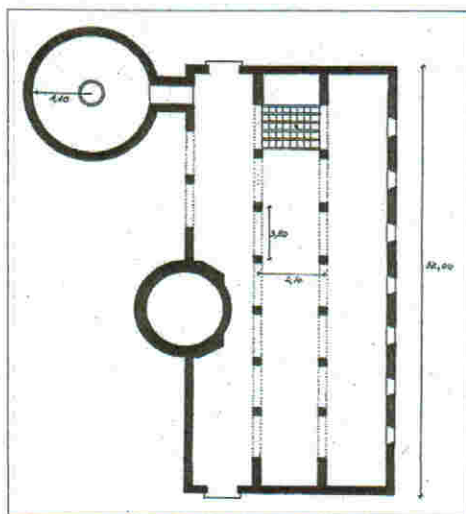
Un bello enclave

A pesar del esfuerzo económico que este tipo de iniciativa necesita, Dirk tiene a su favor, aparte del entusiasmo que ha puesto en la que puede ser la obra de su vida, el enclave paisajístico envidiable en el que se asientan los Pozos. Se trata de una zona bien comunicada, de fácil acceso, pero al mismo tiempo íntima y tranquila: un buen punto de partida para conocer Constantina y toda la riqueza del parque natural de la Sierra Norte sevillana. Con este hotel se pretende crear no sólo un turismo rural de alta calidad sino también potenciar la economía y los aspectos culturales de la zona, mediante la realización de cursos de formación ocupacional, congresos y promoción de productos alimentarios típicos. El



Fachada principal del edificio de los Pozos de la Nieve, y planta del mismo según un estudio de Dolores Álvarez Caro.

proyecto de reforma, a cargo de la arquitecta María de la O Sánchez Ybargüen, es respetuoso con los valores históricos del edificio y presta especial atención a la calidad de los materiales a emplear. Por su especial naturaleza y atractivo, los dos pozos, convenientemente integrados en el hotel, son los símbolos que darán distinción a esta iniciativa hotelera.



Lápida fundacional de 1684, en la fachada principal

Hielo para helados y sorbetes

Sabemos por José Manuel Barcia y Antonio Serrano, que en estos pozos se almacenaba la nieve que durante el invierno se recogía en las albercas -más de cien- existentes en las cercanías. Esto es posible porque las bajas temperaturas de la zona congelaban las aguas superficiales de las albercas, y las capas de nieve resultantes son las que se iban retirando para almacenarlas y conservarlas

en los dos amplios y hondos pozos que aún subsisten. De esta nieve se abastecía Sevilla, sus grandes casas y los hospitales. Los sorbetes y helados veraniegos dependían del suministro a la ciudad de esta materia prima tan apreciada y tan delicada de mantener en la época estival. De ahí que el hielo se trasladara probablemente de noche, en grandes carros y protegido con capas de paja, para aislarlo

de las altas temperaturas. Los dos pozos son tipológicamente iguales aunque de distintas dimensiones. Ambos están cubiertos por bóvedas de ladrillo, realizadas entre 1760 y 1761. El mayor, de unos 14 metros de profundidad, se comunica con el edificio mediante una rampa. El menor está inscrito en una de las naves laterales del edificio y su profundidad es de 8 metros.